

Estos migrantes no afrontan grandes problemas para desplazarse, aunque algunos pueden padecer degradación laboral y discriminación salarial en los lugares de destino.

Las tres primeras categorías de migración forzada están enunciadas en “sentido estricto”, pues se refieren a desigualdades potenciadas por las dinámicas del desarrollo, a la vulnerabilidad de los derechos humanos, a debilidades institucionales que no pueden garantizar a su población bases materiales de arraigo ante problemas económicos, políticos, sociales y ambientales, y a desequilibrios en las relaciones sociales que producen un clima de inseguridad, exclusión y pobreza. En este rubro cabe agregar la trata de personas. La cuarta categoría está expresada en “sentido amplio”, pues incumbe a desequilibrios del mercado laboral y al respaldo institucional, ya que se trata de personas que, en principio, no buscan satisfacer sus necesidades más elementales, sino realizar sus capacidades laborales e intelectuales.

En sus diversas manifestaciones, la migración forzada, en tanto fuente de trabajo barato, se convierte en una pieza clave del engranaje del desarrollo desigual y de la nueva arquitectura global, que promueve el “libre mercado”, pero restringe la libre circulación de personas.

Migración y desarrollo

Para el *stablishment*, compuesto por organismos internacionales, Estados, intelectuales orgánicos y ONGs afines, la migración internacional se convierte en fuente de desarrollo para los lugares y países donde se origina. El vehículo principal es la canalización productiva de las remesas, para detonar el desarrollo local; el uso de las remesas en el consumo familiar, lo cual obra en beneficio de la contención de la pobreza, y la canalización de recursos

hacia programas de obra pública básica en las localidades de origen. Desde este mirador, el migrante se configura como el nuevo agente del desarrollo o como el nuevo héroe del desarrollo. En tanto que el recurso principal lo constituyen las remesas, que han sido descritas como un formidable “río de oro” que, si se adoptan “buenas prácticas”, habrán de irrigar los campos agrestes de donde provienen los mayores contingentes migratorios. Esta perspectiva no cuestiona en modo alguno las causas profundas de la migración ni las políticas, como el neoliberalismo, que están en la base de las explicaciones de la detonación de la migración compulsiva y del deterioro productivo y social de estas localidades, países y regiones. El hecho de enaltecer a los migrantes como supuestos agentes del desarrollo, más que un reconocimiento a su labor, tiene la intencionalidad de responsabilizarlos de promover su propio desarrollo y el de sus dependientes económicos, así como el de sus propias comunidades, todo eso sin cuestionar las causas estructurales y estratégicas.

Desde una perspectiva crítica, es imprescindible redefinir los términos básicos: la migración no como una movilidad poblacional autogenerada y cristalizada como cultura, sino como un proceso de exportación de gente bajo pautas contradictorias de exclusión e inclusión, según los requerimientos de valorización del capital. El desarrollo no como un proceso de crecimiento económico que beneficia la maximización de ganancias sin importar los costos socioeconómicos o, en su versión minimalista, el desarrollo como combate a la pobreza, donde son los propios pobres los responsables de superar sus condiciones de pobreza, en este caso mediante la canalización de las remesas. Y las propias remesas, no vistas de manera fetichizada como dinero, divisa o río de oro, sino como expresiones de relaciones sociales de explotación y reproducción social en el plano del sistema capitalista mundial.